

The Church, though many, makes up one body of Christ

As we go through an era of divisiveness and irrationalism, we find ourselves in a world that increasingly cries to find a point of balance, a true understanding of cultures, races and languages. This need is indisputably authentic and must be categorized as urgent in society and, especially, within our Church.

As Catholic Christians, we are called to understanding, service, solidarity and a search for the common good.

The Apostle Paul continues to be a prophet for our times. In his letter to the Corinthians, he reminds us that whoever fails to love has nothing of worth. Even when our actions are good, if we do not act out of love, those actions are useless.

This form of evangelization might sound a bit unorthodox to some, but when we leave behind our pride and objectively reflect on these words, we realize that it is actually Christ through Paul who calls us to a deep conversion through love.

Understanding is only reached through love. It is as if a veil comes off or a bandage is removed to let us know and interpret the needs of others.

Our faith reminds us it is not enough to have good intentions; in reality, what matters is to love. When one loves, a sublime feeling exists and good acts, including acts of mercy, are released. It is at that point that we

reach a true understanding of our call to discipleship.

Where there is love, there is no room for division. Where there is love, the wicked are not applauded. Where there is love, there is no pride.

If we claim to be the Church of Christ, why do we allow divisions to exist within our communities? Have we not been called to love? Our duty as members of the Church is, above all, to accept the will of God—even when the will of God today translates into a series of challenges that make us leave our comfort zone.

Our communities today are increasingly diverse. They no longer minister to a specific ethnicity, nor do they all speak the same language, nor are all professionals who have knowledge of the blessings of our intercultural family of faith.

Our Church has undergone a transformation, where migration is a determining factor in the evangelization process; where the influence of cultures has generated and will continue to generate changes in the representation of our parish ministries and Catholic schools; where we need to update the mission of each of our parishes and adapt the Gospel message we live.

In this movement of the Holy Spirit in each of our communities, we can experience a diversity of works, but we must realize it is the same God who works in us all.

St. Paul, in his First Letter to the Corinthians, tells us, “The manifestation of the Spirit that each one is given is for the common

benefit” (1 Cor 12:7). In other words, all the gifts and charisms that come from the Holy Spirit and are manifested in each of the members are a gift to the community and promote the common good.

The rationality of our senses must be in perfect harmony with the Gospel message that calls us to be bearers of the good news, of a message of salvation that does not exclude people because of culture and the nuances of each race or language, but rather finds strength in a Church that by God’s will is diverse and whose diversity contributes to the extension of the kingdom toward the peripheries.

All of God’s people have a duty to incorporate their gifts at the service of the Church of Christ. It is imperative to seek the unity of his mystical body. “The parts of the body are many, but the body is one; no matter how many parts there are, they all form a single body. So also, is Christ; ... a single member is not enough to form a body, but many are needed; ... God has arranged the various members, placing each one in the body as he wanted; ... even more, the parts of the body that seem to be weakest are the most necessary” (1 Cor 12:12, 14, 18, 22).

In the Church of Christ, we are all necessary. Our diversity of talents makes it a continuous school of learning where we all share a single mission, to be disciples of the Master. What are you waiting for to accept God’s will in your ministry?

(Felix Navarrete is archdiocesan coordinator of Hispanic Ministry.) †

La Iglesia, aunque numerosa, constituye el único cuerpo de Cristo

Mientras atravesamos la era del divisionismo y el irracionalismo desmedido, nos encontramos ante un mundo que cada vez más, gime por encontrar un punto de equilibrio, donde exista una verdadera comprensión de las culturas, razas y lenguas, esta necesidad es indiscutiblemente auténtica y debe ser categorizada como urgente en nuestros espacios sociales y en especial, dentro de nuestra iglesia.

Como Cristianos Católicos, estamos llamados a la comprensión, al servicio, a la solidaridad y a la búsqueda del bien común, el apóstol Pablo es un profeta para nuestros tiempos, en su carta a los Corintios, nos recuerda que, quién no tiene amor, nada vale, aún cuando nuestras acciones sean buenas, si no actuamos por amor, de nada sirven.

Esta forma de evangelización podría sonar un poco ortodoxa para algunos, no obstante, cuando dejamos nuestro orgullo y reflexionamos objetivamente en estas palabras nos damos cuenta, que en realidad es Cristo a través de Pablo quién nos llama a una profunda conversión mediante el amor, solamente mediante el amor se llega a la comprensión, es como si un velo se desprendiera o como si una venda se soltara para dejarnos conocer e interpretar las necesidades de los demás, no basta con ser bueno o tener buenas intenciones, en realidad lo que vale es amar, cuando se ama, es decir, cuando en nosotros existe ese sentimiento tan sublime, entonces se desprenden únicamente

actos buenos, actos de misericordia hacia nosotros mismos y hacia los demás, y alcanzamos la verdadera comprensión.

Donde hay amor, no hay lugar a la división, donde hay amor, no se aplaude a los malvados, donde hay amor, no hay orgullo. Si decimos ser la Iglesia de Cristo, ¿Porqué creamos espacios de división en nuestras comunidades? ¿Acaso no hemos sido llamados al amor? Nuestro deber como miembros de la iglesia es, ante todo, aceptar la voluntad de Dios, pues la voluntad de Dios hoy se traduce en una serie de retos que nos hacen salir de nuestra zona de confort, nuestras comunidades hoy en día son cada vez más diversas, ya no son todos blancos o negros, tampoco todos hablan un mismo idioma, ni todos son profesionales con conocimientos interculturales.

Nuestra iglesia ha sufrido una transformación en países como el nuestro, donde la migración es un factor determinante en el proceso de evangelización; donde la influencia de culturas ha generado y seguirá generando cambios en la representación de nuestros ministerios parroquiales y escuelas católicas, en la misión de cada una de nuestras parroquias, y en la adaptación del evangelio.

En este movimiento del Espíritu Santo en cada una de nuestras comunidades, podemos experimentar la diversidad de obras, pero a un mismo Dios que obra en todas, San Pablo nos dice en la Primera Carta a los Corintios, “La manifestación del Espíritu que a cada uno se le da es para provecho común” (1 Co 12:7). En otras palabras, todos los dones y carismas que provienen del Espíritu Santo y que se manifiestan

en cada uno de los miembros en nuestra iglesia son un regalo para la comunidad y fomentan el bien común.

La racionalidad de nuestros sentidos debe estar en perfecta armonía con el mensaje del evangelio que nos llama a ser portadores de la buena nueva, de un mensaje de salvación que no excluye a las personas por razón de la cultura y los matices propios de cada raza o lengua, sino más bien encuentra fortaleza en una iglesia que por voluntad de Dios es diversa y cuya diversidad coadyuva en la extensión del reino hacia las periferias.

No solo latinos y anglos, sino todo el pueblo de Dios, tenemos el deber de incorporar nuestros dones al servicio de la Iglesia de Cristo, es imperativo buscar la unidad del cuerpo místico de Cristo. “Las partes del cuerpo son muchas, pero el cuerpo es uno; por muchas que sean las partes, todas forman un solo cuerpo. Así también es Cristo; ... un solo miembro no basta para formar un cuerpo, sino que hacen falta muchos; ... Dios ha dispuesto los diversos miembros, colocando cada uno en el cuerpo como ha querido; ... aún más, las partes del cuerpo que parecen ser más débiles son las más necesarias” (1 Co 12:12, 14, 18, 22).

En la Iglesia de Cristo, todos somos necesarios, la diversidad de talentos hace de ella una escuela continua de aprendizaje, en donde todos compartimos una sola misión, ser discípulos del Maestro. Y tú, ¿Qué esperas para aceptar la voluntad de Dios en tu ministerio?

(Felix Navarrete es el coordinador del Ministerio Hispano en el Arquidiócesis de Indianapolis.) †

